



El último testigo La Agüera

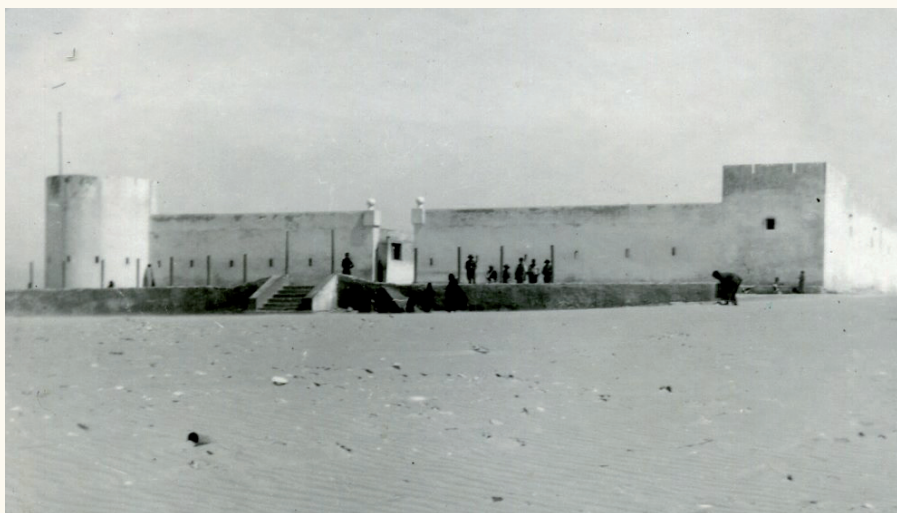
Jesús Flores Thies

¿Quién sabe cómo se vivía en el destacamento militar situado más al sur del que fuera Sahara Español hace tres cuartos de siglo? ¿Dónde se puede investigar? ¿En qué archivos podemos buscar documentos, papeles, fotos, planos de esa especie de fin del mundo?

La respuesta es muy fácil: sólo el último testigo vivo puede dar información, incluso gráfica de La Agüera y su entorno, aquel destacamento militar situado en los confines del Sahara Español, junto a lo que hoy es Mauritania. Es decir, quien firma este trabajo.

Parece una estúpida vanidad escribir este párrafo, pero no es así, sino constatar un hecho de muy fácil demostración. Hemos intentado bucear en archivos del Servicio Histórico Militar, tanto de Madrid como de Ávila, también lo hemos intentado en archivos de Tenerife y las Palmas de Gran Canaria y los resultados han sido desoladores. Apenas media docena de documentos sin interés histórico alguno.

Mi padre fue destinado voluntario en el mes de agosto de 1933 a la compañía disciplinaria que el Regimiento de Infantería nº 11 tenía destacada en La Agüera, en el cabo Blanco que cerraba la bahía del Galgo. Allí, en La Agüera, se despertó mi inteligencia y mi memoria, dejando la tercera potencia del alma, la voluntad, para más adelante. Y es que mis recuerdos alcanzan aquellos años, lógicamente no con dos años y medio, pero sí con cuatro bien cumplidos. Es un tema discutible, pero que no pienso plantear por falta de espacio y tiempo. Yo aseguro que parte de lo que voy a escribir procede de mi propia memoria, y sólo



pido que el lector lo acepte. Pero lógicamente no es en mi personal memoria en lo que vamos a basar estos recuerdos de La Agüera, sino en los diarios que escribían mis padres, los documentos que conservo y, sobre todo, en una excepcional colección de fotografías, ya que mi padre era un gran aficionado que revelaba personalmente todo aquello que fotografiaba con su valiosa cámara «Woiglander»

Y a ese destacamento llegamos el día 30 de agosto de 1933, destacamento en el que mi padre también ejercería el cargo de Delegado del Gobierno en Río de Oro durante largas temporadas, por ausencia del titular o de los sucesivos titulares. Allí nos llevó a todos, a mi madre a mi hermano y a mi, que en aquella histórica fecha tenía dos años y seis meses de edad. Esta fecha de desembarco en el Sahara

Español me da una ventaja de meses en eso de la «antigüedad» en el Sahara sobre el hoy general Aceytuno, que llegó a Villa Cisneros, mucho más al norte, ocho meses después.

Es lógico que La Agüera sea la mejor joya de mis recuerdos infantiles. Ya he dicho que allí desperté definitivamente al mundo exterior; a la inteligencia, al archivo de mis recuerdos. Pero no despertaba en un barrio de una ciudad, en un piso con ventanas a la calle y patio interior, despertaba

Arriba: Fuerte de la Agüera, nuestra residencia durante dos años y medio.

Centro: Con mis padres y mi hermano.

Abajo: El último testigo con su hermano Rafael. Estos estupendos jerseys eran muy eficaces para las frías noches del desierto.



nada menos que en un sitio inenarrable llamado Colonia Española del Sahara Occidental, en mismísimo desierto.

El destacamento estaba situado en la extremidad sur de nuestra colonia, en una lengua de tierra denominada cabo Blanco que encerraba una bahía de hermoso nombre, la bahía del Galgo. El destacamento consistía en un fuerte que había sido construido una quincena de años antes por el coronel Bens, y que no era otra cosa que una construcción militar de planta cuadrada, con una torre baja, chata y cilíndrica en una esquina y otras tres torres cúbicas de igual altura, en los otros ángulos, con un aljibe en su patio de armas, que se llenaba de agua con la que cada quince días nos traía una hermosa goleta de nombre «Maruja», de la que se desembarcaban en barcas los bidones de agua necesarios para el fuerte y los saharauis de las taimas vecinas.

Estaba situado el fuerte no muy lejos de la playa donde, un poco más allá, había una factoría pesquera «Marcotegui», que servía para secar y salar pescado, además de suministrar



Arriba: Dornier Wal que llevaba el correo aéreo cada dos semanas, en una pasada de despedida sobre el fuerte. Al fondo, la «Casa del Capitán».

Centro: Foto de un notable saharauí.

Abajo: Patio del fuerte desde la terraza. Junto a la puerta, el cañón Krupp de 88 mm y, al fondo, el mar y la factoría Marcotegui.

víveres a la guarnición. Como el Cabo Blanco, donde se encontraba el destacamento de La Agüera, en su extensión longitudinal separaba la colonia española de la francesa (la punta donde estaba el faro era española), podía decirse que teníamos a los franceses de inmediatos vecinos. A cosa de dos kilómetros estaba Port Etienne, establecimiento militar francés que disfrutaba de un aeródromo con hangar. Las relaciones con los franceses eran cordiales.

Además del fuerte y de la factoría, había otras construcciones, como la Casa de la Radio, que era también la vivienda del capitán y delegado del gobierno, además de unas pequeñas construcciones para empleados indígenas. La costa cercana, la que daba al Atlántico, salvo en algunas zonas bajas y arenosas, al contrario de la que daba a la bahía del Galgo, menos movida, era acantilada y brava. El mar pegaba con fuerza, un mar frío y, para mí, inquietante, que favorecía las colonias de percebes, delicia que no era apreciada por la colonia francesa que se asombraba de que los españoles comieran aquellas cosas tan feas que ellos denominaban *pied de biche*. Sí eran los franceses partidarios, al igual que nosotros, de las langostas, que abundaban en aquellas aguas.

También encerraban las cuevas de los acantilados reducidas colo-



Arriba: Caravana de camellos pasando frente al fuerte. Esta caravana iba protegida por una «mla» de la Policía Indígena al mando del teniente La Gándara.

Centro: El autor (el del jersey...) con un amigo del corral.

Abajo: Aviones Breguet de la Patrulla Cabo Juby

nias de lobos marinos. Recuerdo la captura de uno de ellos acuchillado, el pobre, por un moro que se descolgó por el acantilado con una cuerda. Fue todo un acontecimiento, triste o alegre, según la opinión de cada colonia (la de hombres o la de lobos marinos).

El entorno de nuestra nueva morada era seco, árido y arenoso. Cuanto más se adentraba uno en el desierto y más se alejaba del mar, más se convertía el paisaje del Sahara en el clásico y tópico, con sus dunas viajeras y el viento tenaz y molesto, que arrastraba arena que se clavaba como agujas en las piernas desnudas.

Nosotros vivíamos en el mismo fuerte. Aun recuerdo el comedor, con los dos sillones que fabricó mi padre, comedor cuyo techo se vino en parte abajo y que por poco impide la realización de este trabajo, porque los gruesos cascotes cayeron a mi lado.

La verdad es que el fuerte era una ruina, y que me perdone el excelente coronel Bens. Lo recuerdo siempre en obras, con algún andamio o algún pequeño destroz. Frente a nuestra vivienda, al otro lado del patio, estaba la compañía de tropa. Más dependencias del fuerte, que tengo perfecta-

mente situadas en mi memoria, eran la casa del brigada, un hombre de enorme tripa que tenía una gruesa mujer de tez oscura y una caterva de hijas y la viviendas del teniente médico, que se llamaba Linares.

Había un polvorín (ignoro la razón) lleno de pulgas, por lo menos el día en que me introduje sin permiso de la autoridad competente dentro de sus oscuras dependencias ¡Ah! y el fuerte encerraba también un cañón, el primer cañón que recuerdo haber visto en mi vida y que, dicho sea en secreto, no me inspiraba el menor espíritu artillero. Era un veterano Krupp de 88 mm.

Cada 14 de abril se lanzaban las salvas de ordenanza para conmemorar el día de la República. Mi madre situaba nuestro gramófono en la entrada del fuerte, y cuando se izaba la bandera, ponía en marcha el «Himno de Riego», mientras sonaban los 22 cañonazos reglamentarios. Yo corría a en-

cerrarme en lo más recóndito de mi casa, que era el retrete, asustado y tembloroso. Ese día festivo, nosotros nos enranchábamos, al igual que aquellos días en el que un excelente cocinero canario hacía «ropa vieja».

Y ya que hablamos de retrete, voy a aprovechar la ocasión para explicar aquella maravilla de retrete. Consistía en un cajón hueco en el que se introducía un gran cubo



Distribución matinal y diaria del agua del aljibe del fuerte, a las mujeres saharauís de los aduare vecinos.

con arena, y todo se cubría con una gruesa tabla de madera que tenía hecho un agujero circular de un diámetro «fisiológico» que se tapaba con la oportuna «tabla redonda». Junto al artefacto había un cajón de arena y una pequeña pala que ejercían las misiones que en zonas más civilizadas hacen el agua y la cadena. No había baño, que era sustituido por una perola de cinc o por la playa más cercana.

También teníamos una pequeña granja y hasta un remedo de zoológico. Detrás de nuestra casa, en un rincón que formaban las edificaciones interiores, teníamos un pequeño dromedario, un joven avestruz y un burrito. Además había gallinas y conejos.

Periódicamente aparecía un vaporcito, el «Lanzarote», el mismo que nos trajo al desierto y que años después nos sacaría de él. Un cascarón negro y bailarín que llevaba los paquetes, la correspondencia, los encargos, los relevos, los permisos de ida y vuelta..., y a veces un sacerdote.

Como la guerra afecta a personas y cosas, podría añadir que en este barquito iba el maquinista que, a finales de julio de 1936, se puso en contacto con los fieles al gobierno del Frente Popular para impedir que la colonia se



uniera al alzamiento militar. No tuvo éxito. La siguiente singladura «histórica» del pequeño barco lo haría militarizado por los nacionales para tratar de neutralizar la acción del vapor-correo «Viera y Clavijo» del que se habían apoderado los leales al gobierno. Acabada la guerra se devolvía el «Lanzarote» a la Naviera Transmediterránea para su habitual servicio de «correillo» entre las islas Canarias.



La correspondencia y los periódicos también se recibían por otro medio más rápido y para mi más divertido: un hidroavión «Dornier Wal», del mismo modelo (o muy parecido) al «Plus Ultra», el primer avión que atravesó el Atlántico Sur, un poquito antes de que el Atlántico Norte lo atravesara el celeberrimo Lindberg. Este piloto norteamericano visitaría por aquellas fechas Villa

Cisneros, capital de la colonia española del Sahara. Advertidos por la radio de la llegada del hidroavión, subíamos a la azotea del fuerte y esperábamos la pasada rasante de nuestro correo aéreo. El hidro aparecía volando muy bajo y arrojaba un paquete dentro del patio del fuerte, mientras teníamos una rápida visión del piloto que saludaba con la



La avioneta Comper Swift, pilotada por el aviador australiano Victor Smith, que hizo un aterrizaje forzoso a 80 kilómetros del destacamento de La Agüera.



mano y desaparecía tan rápidamente como había venido.

A mí me emocionaba todo lo que tuviera que ver con los aviones. Allí recibíamos la visita de la «patrulla Cabo Jubi», a la que había que preparar una pista de aterrizaje, siempre cambiante. Se apisonaba penosamente lo que se podía y se encendían a lo largo de la pista improvisada unas fogatas para indicar a los aviadores la situación del campo y la dirección del viento. Aterrizaban los pesados Breguet y casi siempre había uno que entraba al final del recorrido sus ruedas hasta los «corvejones». Al día siguiente, antes de la partida, había que sacarlo de la trampa con la ayuda de los camellos. Algún trimotor Fokker alegró nuestra monotonía, entre ellos, uno en cuyos «costillares» mostraban un enorme 20. Este avión llegaría a ser histórico (otra de las cosas afectadas por la guerra) ya que fue uno con los que inició, en agosto de 1936, el paso del estrecho en célebre primer puente aéreo de la historia.

También pudimos contemplar, durante un amanecer violeta y oro, el paso majestuoso del «Graff Zeppelin» en uno de sus viajes alrededor del mundo. El aerostato parecía un enorme puro sobre el que se reflejaban los rayos del sol naciente.

Arriba: El capitán español pasa en Port Etienne revista a los senegaleses en el día de la Fiesta Nacional francesa del 14 de julio. Posiblemente se trata del capitán Pérez Pérez.

Centro: El notable saharaui en otra foto.

Abajo: Casa residencia para oficiales franceses en Port Etienne.



Pero el contacto más directo con la aviación heroica los tuvimos el día en que desde Canarias nos comunicaron por radio la inmediata llegada de una avioneta civil pilotada por un hombre, casi un chaval (tenía 21 años), llamado Juan Ignacio Pombo, con la que pretendía saltar desde África al Brasil. Llegó el joven Pombo y aterrizó en el campo de aviación francés de Port Etienne. La avioneta, una British Aircraft «Eagle», había sido bautizada «Santander» por ser el nombre de su ciudad, de la que había salido hacía unos días, y patria chica de los Pombo. Venía con pintadas, dibujos y alegorías con la que se la había embadurnado a lo largo de las diversas etapas. Mi madre descubrió algún signo masónico que fue borrado inmediatamente.

Aquella noche, Pombo cenó y durmió en casa. Yo le pedí que me llevara con él, pues eso de volar me parecía fantástico. Prometió llevarme en su avión hasta América, promesa que indudablemente no cumplió lo que impidió que mi nombre apareciera en los libros sobre la aviación heroica. Pombo se elevó muy temprano en dirección Dakar para, poco después, dar el salto definitivo hasta el Brasil. Años después me enteré de que triunfó en el empeño, pero que tuvo la desgracia de destruir el aparato en un mal aterrizaje durante su viaje triunfal por las Américas. La fábrica inglesa le envió inmediatamente otro modelo similar.

Arriba: Salvas de ordenanza el día de la República. En segundo término, un oficial francés y el teniente Flores, padre del autor.

Centro: Notable perfil de una niña saharauí.

Mis anécdotas sobre la aviación pionera se pueden completar con el relato de un accidente que acabó de forma feliz. Un día, comunica la radio que un aviador inglés se ha perdido en el desierto con su avioneta. Salieron inmediatamente en su búsqueda, unos en coche y otros en camellos. Por fin localizaron la avioneta, una «Comper Swift», pero no al inglés que caminando, y con la ayuda de unos indígenas, había conseguido llegar hasta Port-Etiénne. La avioneta era increíblemente pequeña. Creo que del mismo modelo con la que Lóring hizo su raid a Filipinas por aquellas fechas. Se dejó abandonada la avioneta para que adornara con su esqueleto durante algún tiempo el desierto, pero el motor, casi intacto, fue desmontado y llevado al fuerte de La Agüera. Los franceses pusieron todos sus medios para apoderarse del motor, pero ¡por una vez! los españoles fueron más diligentes. Con los años nos enteramos, gracias a la Fundación Infante de Orleans, de que el inglés no era inglés sino australiano y que se llamaba Victor Smith.



En La Agüera vi llover por primera vez en mi vida. Tenía idea de la existencia de la lluvia por los cuentos, pero jamás había caído agua del cielo sobre mi cabeza. Además del viento casi continuo y del intenso frío nocturno, eran frecuentes las nieblas.



Mi hermano y yo éramos unos aficionados al «chinchorro». Este arte de pesca canario (posiblemente se llama así por utilizarse este tipo de barca, un chinchorro, para ir echando las redes) se empleaba en aquella zona para la captura de la abundante pesca. Pero tenía un inconveniente: había que madrugar. Madrugar es una actividad inhumana a la que nunca me he podido acostumbrar. Pero madrugábamos y con frecuencia salíamos del fuerte los dos solos en la amanecida y nos dirigíamos hasta la playa donde los



Izquierda: En un hangar del aerodromo de Port Etiénne, el aviador Pombo con mi madre y el jefe del aerodromo Mr. Bayle.

Derecha: La avioneta «Santander» con la que Juan Ignacio Pombo atravesó el Atlántico en solitario.

Arriba: Patio del fuerte, la Compañía, el aljibe y, al fondo, el botiquín.

Abajo: «Mia» de la Policía Indígena al mando del teniente La Gándara (con gorra de plato), en misión de protección a una caravana.

pescadores halaban la pesca tirando de los cabos. Nosotros también tirábamos de las húmedas cuerdas para «ayudar».

El saharauí es un tipo muy interesante. Imagino que las características de aquellas gentes habrán variado mucho después de la interminable guerra que sucedió al incalificable abandono («¡ahí queda eso!») de una colonia que había alcanzado la categoría de provincia española. ¿Habrá saharauís en el siglo XXI? Los recuerdo con sus vestiduras negras, azules o blancas. Las mujeres casi siempre de negro y con frecuencia muy enjoyadas. Gentes de piel oscura, casi negra, y con rasgos, en bastantes casos, nada negroides. Eran nómadas, pero la política colonial, tanto la española como la francesa, intentaba asentarlos poco a poco. Se solía hacer con dinero, víveres, pólvora y agua.

Los saharauís no sabían lo que era una frontera. El Sahara español había sido ocupado relativamente hacía poco tiempo por el coronel Bens. Cuando alguien decidió trazar en el queso de África los límites de nuestra colonia, consideró que el oriental debería coincidir, en parte, con el meridiano 14 grados 20 minutos, hasta que los franceses observaron (¡qué buena vista tienen!) que unas minas de sal (Sebja Iyit) caían dentro de nuestra zona. De ahí que al sur de la línea imaginaria encontremos un gracioso seno que dejaba para Francia la posesión, tenencia y disfrute de las codiciadas minas. Un estableci-



miento militar, Fort Gouraud, vigilaba el buen orden y la presencia francesa en la zona.

Mi padre nos tenía terminantemente prohibido entrar en una jaima sin su permiso (tienda de campaña confeccionada con piel de cabra y camello), por aquello de los piojos y de las pulgas. No había el menor matiz racista, pues a mi padre le gustaba su trato (no con las pulgas sino con los «empulgados») y, al igual que en sus tiempos de interventor en Taxut, solía vestir sus amplios ropajes y se dejaba, además, una barba muy patriarcal. Sí, nos dejaba jugar y bañarnos en la playa con los moritos, todos desnudos como gusanos, ellos con la piel negra brillante, nosotros blancos y descoloridos.



Tuvimos la suerte de poder presenciar el paso de una interminable caravana de camellos. Una tarde sonó desde el fuerte la llamada general para que todos nos encerráramos dentro de sus muros. Un centinela había divisado en el



horizonte unos puntitos que la distancia le impedía identificar. Los puntitos se convirtieron en puntos y pronto vimos a los componentes de una «mía» de camellos, una sección montada de la Policía Indígena al mando de un oficial español, el ya mítico teniente La Gándara. Esta «mía» protegía a una caravana que tardó una eternidad en desfilarse por delante del fuerte. Fue un espectáculo que hoy ya no es posible ver en esa zona. El camión y el «todo-terreno» han sustituido al camello, al dromedario, al bejuino caminante...

Fue en La Agüera donde mi madre quiso ingresar en Falange. Por los periódicos, y quizás por las cartas de sus hermanas desde Madrid, supo de la existencia de este grupo inquieto que daría tanto que hablar. Le entusiasmó su doctrina, sus ideales y su estilo. Y un día, escribió a José Antonio solicitando su ingreso. Posiblemente sería mi madre la falangista (adherida o no) más meridional y con toda seguridad la única al sur del trópico de Cáncer.

A finales del año 1935 se le concede a mi padre la licencia colonial, nada menos que cuatro meses de permiso. Pero es que, además, su ascenso estaba próximo y, con él, el final de nuestra aventura saharauí. Otra vez las maletas, las liquidaciones y los adioses. En un sillón de mimbre, dos moros embarcan a mi madre en la lancha que nos debería llevar al barquito saltarán de casco negro, mientras que mi padre se despedía de la tropa que gritaba con gran entusiasmo: «¡viva el teniente de la fuerza!» Yo me enorgullecía de la indudable

fuerza, fortaleza, de mi padre pues ignoraba que «fuerza» era «tropa». Bendita ingenuidad.

Dejamos el destacamento, dejamos la arena y el viento y el mar siempre furioso, y las jaimas, y el pozo del fuerte con los grupos de moras con sus cántaros para la ración del día, y los camellos con perpetua cara de mal humor. Ya no me despertaría más por las noches, asustado, cuando los centinelas respondían como almas en pena a la voz del cabo de guardia, que les reclamaba con un: «¡centinela alerta!», con un tenebroso, lejano y triste «¡alerta está.... , alerta está...!» y sus voces parecían rebotar hasta el confín más apartado del fuerte. Ya no esperaríamos más al hidro que echaba paquetes sobre el fuerte, ni a la airosa «Maruja» con su valiosa carga de agua para moros y cristianos, ni veríamos pasar cerca de la costa al guardacostas «Xauen», que con el tiempo, estaría bajo el mando de un

alférez de navío apellidado Armada, padre de un amigo marino que, con los años, muchos años, remolcaría el blanco sobre el que tenían que disparar mis hermosos cañones de costa del «quince-veinticuatro», emplazados en la brava costa catalana.



Arriba: Presentando armas el 14 de Abril, Día de la República.

Centro: Bella muchacha saharauí.

Abajo: Trimotor de la escuadrilla de Fokker. Éste, número 20, participaría en los inicios del puente aéreo del Estrecho en la guerra civil.

Ante mi se abrían nuevos horizontes y nuevas expectativas. No estaba dispuesto a desaprovecharlas.

XXXXXXXXXX

Apenas si he conseguido alguna referencia o noticia de La Agüera, quizá la más notable sea este verso en el que se dice cosas horribles de aquel lugar.

Un mar siempre irritado, verde y duro, / un cielo sin color, de luz ingrata, / un sol que cuando besa, agosta, y mata / y un horizonte gris sin claroscuro. / Dos jaimas, un camello, un cuervo, un muro / Que el nordeste corroe y desbarata, / Ni una sombra, ni un árbol, ni una mata, / arena nada más, lecho inseguro / En el que nada cimentar se puede, / un viento pertinaz que nunca cede, / la duna que sepulta hombres y cosas / Entre nubes de moscas pegajosas, / un moro, un jaique azul, una tetera / y agua vieja. Señor, esto es La Güera

Es posible que aquel lugar perdido se degradara después de nuestra marcha, porque al igual que recuerdo el frío por las noches, o el viento que me obligaba a veces arrodillarme porque se me clavaba la arena en las piernas como agujas, podía haber recordado las «moscas pegajosas», o el «nordeste que corroe...»

Pero alguna importancia debió tener este destacamento en aquellos años cuando Correos emitió sellos de La Agüera. 🐉



Arriba: Tribuna en Port Etienne en la Fiesta Nacional francesa. Esta tribuna tuvo a bien venirse abajo, felizmente sin «daños colaterales».

Centro: La goleta «Maruja» que traía quincenalmente el agua desde Canarias para el aljibe del fuerte. Muy próximo a ella, el guardacostas «Xauen».

Abajo: La factoría Marcotegui, única edificación de aquella época que ha sobrevivido durante muchos años a la destrucción y al abandono.

